

indiferentes ú hostiles, sin que nadie le ayude á llevar su pesado madero, á excepcion de un solo extraño, el cual, si aun se presta á este oficio caritativo, es á la fuerza y por miedo. El que padezca hambre, sed y desnudez, contemple á su Dios expuesto enteramente desnudo á las inclemencias en lo alto de un monte, no obteniendo, para refrescar sus enjutos labios, más que una bebida ácida y repugnante, cuando pide una gota de agua que temple su sed devoradora. El que carezca de asilo donde reclinar su cabeza, mire á su Salvador, que no puede reclinar la suya sino sobre agudas espinas. El agobiado de achaques y dolencias, que no le permitan descansar de dia ni de noche, mire esa sangre que borbotaba de las abiertas venas de Jesús, esa inmensa llaga que le cubre de piés á cabeza, *llaga irremediable, que el aceite no ha suavizado ni aparato alguno ha curado*. ¿Qué son, decidme, todos vuestros dolores comparados con este gran dolor? ¿Quién se atreverá á quejarse de llevar una parte de la cruz, cuando Jesucristo sucumbe bajo su peso?

Hermanos míos: si los puntos que acabo de someter á vuestra consideracion os han hecho alguna mella, no dudo abrazareis con amor una práctica, que por tantos títulos se recomienda á vuestros afectos y á los esfuerzos de vuestra solicitud; frecuentando esa Via dolorosa, tan venerable por la antigüedad y la santidad de su origen, tan grande por los recuerdos de gloria que despierta, tan preciosa por las gracias de que va acompañada y por los privilegios que la enriquecen; frecuentándola en compañía de Jesucristo, de su divina Madre, de sus fervorosos discípulos, y de los muchísimos é ilustres y santos personajes que en ella entraron antes que vosotros; frecuentándola en secreto, para vuestro consuelo, y en público, para la edificacion de los demás; en tiempos ordinarios y en las circunstancias más solemnes; en todas las épocas del año; pero, especialmente, durante la santa cuaresma, á la que tan oportunamente se aviene este piadoso ejercicio, en razon á los sentimientos de penitencia que inspira; siguiéndola, además, por las necesidades de la Iglesia militante y auxilio de la doliente; en toda afliccion, cuando presa de angustia, vuestra alma busque allí el consuelo y la paz; en todo desaliento, cuando abandonándoos vuestras fuerzas, y oprimiéndoos la tentacion, busqueis allí armas contra el enemigo de vuestra salud.

Con tanta más solicitud, amados hermanos, os recomendamos la santa peregrinacion del Camino de la cruz, cuanto más dolorosamente, si no la practicais voluntariamente para vuestra salvacion, tendreis que practicarla mal que os pese para vuestra pérdida. ¿Qué es, decidme, la tierra por dó peregrinamos los miserables hijos de Eva,

sino un valle de lágrimas y gemidos? ¿qué es el camino, que recorremos, sino una via penosa y escabrosísima, la verdadera Via de la cruz, el grito de todo hombre venido al mundo, la eterna queja de toda criatura debajo del sol? Los mismos á quienes se tiene por dichosos, ó que se jactan de serlo, lanzarán el mismo gemido, si proceden con sinceridad; pues es yerro creer, que los caminos del ambicioso, del licencioso y del impío sean mas llanos y suaves, por ocultar bajo risueñas apariencias las agudas espinas que los erizan. No hay remedio; condenados estamos á seguir un Camino de cruz; y si tan solo cedemos á la fuerza, si solo obedecemos á la dura necesidad, tendremos que andarlo sin consuelo, sin esperanza, con la amarga y desoladora idea, de que con ser tan árduo y pesado, acabará por conducirnos á un abismo. ¿No es preferible, pues, seguirlo con espíritu de penitencia, con humildad y compuncion de corazon, andando en compañía de Jesucristo, llevando la cruz juntamente con él, no á la fuerza, sino de buen grado y por amor; no por ser tal la triste y precisa condicion del hombre caido, sino por ser tal la gracia que la Redencion granjeó á la humanidad regenerada? De esta suerte, á lo menos, proseguiremos nuestra carrera trabajosa con algun valor, apoyados en la fe, guiados por la esperanza, y fijos los ojos en el término, que es el eterno descanso, y el colmo de la felicidad y de la gloria.

CAMPANAS.

Cinxit illum tintinnabulis aureis.

Puso al rededor de sus vestidos campanillas de oro.

(*Eccli. XLV, 10.*)

Acostumbraban los hebreos anunciar algunas de sus fiestas al son de trompetas: «Tocad las trompetas», decia David, *PSALM. LXXX, 4 ET 5*, tocad las trompetas en el novilunio, en el gran dia de vuestro

tra solemnidad; porque es un precepto para Israel, y un rito instituido por el Dios de Jacob.» Nosotros anunciamos las fiestas con la majestuosa armonía de las campanas, que desde lo alto de sus torres se hacen oír por las ciudades y campos vecinos. Sus lenguas de bronce hablan al corazón, ora el lenguaje de la alegría, ora el de la tristeza; y, á veces, este lenguaje elocuente embarga todas nuestras facultades. La Iglesia, que consagra por medio de ceremonias todo lo que tiene relacion con el culto divino, bendice las nuevas campanas. El ministro del Señor, despues de algunas oraciones, dice: sea santificada y consagrada esta campana en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; en seguida reza algunas otras oraciones, rocía la campana con agua bendita, hace siete cruces sobre ella con óleo sagrado, y cuatro en lo interior con el santo crisma; la incienso, y la pone un nombre. Por esta razon, y porque se da á la campana un padrino y una madrina, lo mismo que á los niños recién nacidos, su bendicion se llama bautismo.

De las campanas nos ocuparemos en este discurso; imploremos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Los eruditos no están de acuerdo al tratar del origen de las campanas, y de la antigüedad que puede atribuírseles. Unos hacen remontar su origen al siglo quinto, dando por inventor de ellas á S. Paulino, obispo de Nola, en Campania, de donde se deriva el nombre que llevan en el idioma eclesiástico, y que todavía conservan en el vuestro vulgar. Añaden, que de allí se extendió su uso al Occidente, introduciéndose en España hácia el siglo VI, pasando luego á Constantinopla, para dotar con una nueva maravilla aquellas regiones orientales, á las que somos deudores de nuestros conocimientos y artes. Otros, ya por envidiar al genio del cristianismo, impulsados de una lamentable prevención filosófica, la gloria de este descubrimiento, ya por aferrarse en el oscurantismo, negando valor alguno á los inventos humanos, ó bien por no descórrer el velo de los tiempos, hablan de unas campanas de prodigioso peso y volumen que habia, segun dicen, en el imperio chino desde las edades más remotas. Algunos tambien, sin duda por prurito de atribuir las usanzas cristianas á los ritos de la ley antigua, arguyen la primera idea de nuestras campanas de las de oro, que el sumo Pontífice judío llevaba en la orla de su vestidura, en las grandes solemnidades.

No pienso entrometerme en tan odiosa y estéril controversia: considero del todo indiferente, que la primera campana date de una

época más ó menos remota, siendo en unos puntos objeto de curiosidad, mientras en otros lo era de distincion honorífica. Bajo el punto de vista en que considero este instrumento, nada importa el metal de que se compone, ni la forma que toma en su molde, ni siquiera el sonido con que hiere los aires, sino sus armonías con respecto á la religion, las artes, la patria, la naturaleza, y la sociedad; sus relaciones con el cielo y la tierra, con el mundo y el tiempo, con los intereses de la vida y de la muerte, con los placeres y dolores de los mortales. Lo que constituye la campana son las relaciones divinas, humanas, simpáticas, morales y poéticas que representa; las ideas que suscita, las emociones que produce, los servicios á que está consagrada, el eco que encuentra en los corazones, y, por decirlo así, su intencion, su móvil, su espíritu y su vida. La campana, tomada en este elevado sentido, único que cumple sentar, pues se coloca por sí mismo al abrigo de toda contradiccion, en este concepto, repito, es una verdadera inspiracion y creacion católica. ¡Qué grande y sublime idea! Voz en el Oriente, voz en el Occidente; voz al Mediodía, voz al Septentrion; voz á un tiempo de los pueblos y de Dios, de la vida y de la muerte, del peligro y del socorro, de la oracion y de la accion de gracias! No hay sentimiento á que esta voz no se dirija, ni deber público ó privado á que no se asocie, ni fibra del corazón que no haga vibrar; ora le conmueva con su alborozado repiqueteo, ora le entristezca con su tañido funeral; ya al dar la señal de alarma con redobles acompasados, ya resonando por el espacio y llevando hasta el cielo el anuncio de nuestras solemnidades con voltear tumultuoso.

2. Quizá tambien por esto, el pueblo, en su lenguaje expresivo, dió el nombre de bautizo á la bendicion de la campana, como si le atribuyera un alma viviente y la supusiera dotada de inteligencia y sentimiento; sin embargo, la expresion es inexacta, y no puede tomarse en su riguroso significado. Efectivamente, la Iglesia bendice las campanas, como bendice todos los objetos consagrados á los usos del culto; y esta bendicion, cuyo único fin es segregár el objeto bendecido de todo servicio profano para afectarlo á otro sagrado, no contiene en sí ninguna comunicacion de gracia ni de virtud sacramental. Y con todo, esta locucion vulgar podria justificarse, en cierto modo, si justificacion cabe en tal materia, por el aparato que la Iglesia despliega en la bendicion de las campanas. ¿En qué otros casos ostenta mas pompa y solemnidad? Concurso del pueblo, convocatoria del clero, abundancia de gasas y blancas telas, ramilletes y guirnaldas; el incienso con sus vapores, los cánticos sagrados y las pro-

longadas preces, las frecuentes aspersiones y abluciones; la imposición de nombres de santos, y las repetidas unciones con el óleo de los enfermos y el santo crisma. A tal aparato de fiesta y triunfo, al ver como la Iglesia echa mano de lo más santo y venerable que tiene en sus tesoros y ceremonias, ¿no parece que se trata del bautizo de sus hijos, ó de la consagración de sus sacerdotes y pontífices?

Más, hora es ya de explicar los merecimientos tan importantes como numerosos y variados que he atribuido á las campanas. Si desde luego la consideramos en sus caracteres artísticos, ¿no es la campana en sí misma una verdadera obra de arte, un instrumento maravilloso y el más solemne de todos, que tiene sus reglas, sus motivos, su perfección, y aun rasgos pertenecientes á varias artes, como al dibujo, por la pureza de líneas y justa medida de las proporciones; al grabado, por la riqueza y ejecución de los relieves; á la música, por la precisión de notas y su afinación armónica; á la mecánica, por el juego de resortes y los diferentes sistemas de contrapesos; á la dinámica, por el poder de las fuerzas que requiere para encaramarse á unas alturas donde la vista la sigue con espanto? Pero, prescindiendo de estas consideraciones inherentes á la cosa misma; ¿quién no ve la parte de grandiosidad que la campana ha suministrado á la reina de las artes, la arquitectura, y los recursos é inspiración de que ha dotado al genio de la escultura y de la estatuaria?

Sin la campana, que ha de dominar para, desde más alto y más lejos, hablar á los pueblos conmovidos, ¿hubieran nuestros templos echado un vuelo tan alto hácia el cielo? ¿Les veríamos acaso levantar á las nubes sus atrevidas bóvedas, suspensas en los aires, más que sostenidas sobre esas columnas elevadísimas, que, en vez de unir las con la tierra, parecen, en su admirable ligereza, arrojarlas al espacio? Nó; tales bóvedas habrían conservado las proporciones graves y confusas de las primitivas basílicas, con sus arcos rebajados, sus cintas groseras, donde se ahoga la respiración por falta de aire y de luz. Ahí está la historia, para evidenciarlos como sucesivamente se elevaron los pórticos de las iglesias, insiguiendo el desarrollo del arte nuevo, que contribuía á su animación y embellecimiento. Sin la campana ¿conoceríamos aquellas graciosas espadañas, aquellas esbeltas agujas, aquellas torres majestuosas, que imponen por su masa gigantesca, ó irradian mil luces al través de sus elegantes dentelladuras, donde el cincel del lapiscida derramó toda clase de primores, siendo, á la vez, el adorno más precioso de la aldea, y la gloria y el orgullo de la metrópoli? Quitemos las campanas de estos monumentos, y veamos lo que les queda. Una triste uniformidad de edificios alineados en monó-

tono nivel. ¿Puede darse cosa más fría que el aspecto de aquellas ciudades, reinas sin diademas, sentadas en la humillación, cuyas techumbres no aparecen coronadas por ningún emblema divino, ya sea que la mano del tiempo ó del hombre las haya despojado de su lustre antiguo, ya que lo moderno de su existencia no les permita ostentar esa rica sucesión de otra edad?

Tan bárbaros como impíos, y tan enemigos de las bellas artes como de la verdadera fe, fueron aquellos terribles niveladores que, viéndose pequeños, y no sintiéndose capaces de elevación alguna, resolvieron engrandecerse, rebajando á su medida cuanto excedía de su talla de pigmeos, y derribando templos y campanarios! Ineptos para erigir monumentos, que igualasen en valía á los de la edad media, hubiéranse á lo ménos honrado con admirarlos; pero su baja y abyecta ojeriza prefirió mutilarlos, para vengarse de una gloria que lastimaba su medianía.

3. ¿Y cómo no deplorar aquí los estragos seguramente irreparables de semejante vandalismo? ¿Quién nos devolverá tantísimos campanarios magníficos, como cayeron bajo una sacrilega piqueta, tantísimas campanas de todo sonido y tamaño, que vibrando de eco en eco repetían sin cesar: *Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad?* Campanas de conventos, que, sin callar día y noche, avisaban al mundo desvanecido, al mundo que no ora, arrebatado por el torbellino de los placeres ó entumecido por la molición, mientras la inocencia, bajo tosco sayal, desvelada y llorando al pie de los altares, pedía perdón por sus excesos y locuras! Campanas de ermitas y capillas lugareñas, que la devoción sembró por los bosques, valles y peñascos, las cuales arrullando como las avecillas en sus conciertos, daban una voz á todos los seres de la creación, y hacían cantar á la naturaleza un himno sin fin! Campanas de rebato y de auxilio, que volvían á la senda al viajero extraviado, cuando en vano buscaba la huella perdida en la tenebrosidad de la noche, entre la sombra de los bosques ó en los desfiladeros de la montaña! Convento de S. Bernardo, ¿cuántas veces, en lo más recio de aquellas tormentas, que hacen tan peligroso el paso de tus desamparadas alturas, la feble vibración de tu esquila hospitalaria vertió el bálsamo de la esperanza en el corazón de los infelices, que ya consentían en morir!...

¿Describiremos ahora el encanto de los recuerdos, la dulzura y viveza de las pías emociones debidas al campanario y á sus sonos armoniosos? Los atractivos de la religión, el amor al país nativo, las santas afecciones de familia, las sensaciones más nobles y más puras

son por ellos excitadas de la manera más deliciosa. Preguntádselo al joven estudiante, que vuelve de las aulas; al soldado, que regresa á sus hogares; al emigrado, que trae al techo hereditario los recursos que ganó en tierras extrañas con el sudor de su rostro: preguntadles, ¿por qué su corazón late acelerado, y sus ojos se arrasan en lágrimas, no bien empiezan á entrever, por entre el follaje de los olmos seculares, ó por cima del humo de la choza, el campanario, que tantas veces se les representó en sueños durante los largos días de su ausencia, y también cuando perciben las notas de la campana, que tanto temieron no volver á oír? Y es, que aquel campanario prestó su sombra á los inocentes juegos de su niñez; es, que aquella campana les llamó á las lecciones del anciano pastor, y les convidó muchas veces al divino banquete; y con el uno lloró en los funerales del padre, y con el otro se estremeció de júbilo sobre la cuna del recién nacido. Citamos especialmente la aldea, porque en ella es donde con más vehemencia se sienten estas impresiones; y ¡ay de la misma el día en que por su mal deje que se debiliten ó se extingan! Perdidas entónces sus sencillas costumbres y su fe ingénuo, perderá con ellas los únicos y verdaderos goces que le es dado saborear, los únicos capaces de atenuar la rigidez de sus privaciones. La campana lo es todo para un campesino: á un tiempo le sirve de regla, de monitor y de guía; ella vela, prevé y obra por él, y por la campana se rige la vida entera de los campos. Sus tañidos señalan la division del tiempo; sus vibraciones y compases indican las horas solemnes, los días notables, las fiestas simpáticas; y también regulan las horas de la comida y del sueño, del trabajo y del descanso. Tres veces, en la jornada, al amanecer, al medio día y al ocaso del sol, anuncia la gloria ó invita á ensalzar el nombre de Dios, de quien el sol no es más que un pálido reflejo. Precursora de la aurora, la campana saluda el momento en que el hombre se levanta para ir á su trabajo y continuar sus tareas; y cuando la noche va á tender su oscuro manto, la campana dá el toque de queda, al que sucedían la sombra y el silencio, extensivos antiguamente á nuestras ciudades, que se regían á ejemplo de las casas religiosas. Nacimientos, enlaces, defunciones, victorias, tratados de paz, aniversarios de dolor ó de gloria, en todo la campana mezcla la pompa de su gran voz, ya sean fiestas de familia, ya patrióticas ó de religion. Centinela avisado de cuantos accidentes puedan poner en riesgo la seguridad pública, ya asome el enemigo, ya estalle el incendio, ya se desborden los ríos, ella da la voz de socorro para llamar el concurso de todas las fuerzas al lugar del peligro. En cuanto ella se agita para celebrar un duelo ó un triunfo, el mismo

pensamiento embarga, el mismo sentimiento anima, y, el mismo movimiento impele á todo un pueblo: es la chispa eléctrica, cuya conmocion se hace sentir á un tiempo en todos los eslabones de la cadena.

Y en esto principalmente se revela el influjo moral, y, por decirlo así, el carácter social de la campana: congregando á los hombres, reúne todos los miembros en un solo cuerpo; estrecha entre ellos los lazos de mútua benevolencia y tierna confraternidad; realiza aquella felicidad y alegría de hermanos, que el profeta cifra en las dulzuras de una sociedad comun y en una perfecta armonía de ideas y afectos: *Ecce quàm bonum et quàm jucundum habitare fratres in unum.* PSALM. CXXXII, 1. Allí donde la campana falta, redúcese la sociedad casi á las proporciones del individuo, ó, cuando más, de la familia ó de un círculo de amigos: el vecino más cercano es un extraño para otro: la criatura humana puede nacer, vivir, padecer y morir desconocida ó aislada, sin contar en su destino con ninguna simpatía, sin acompañarla un cariño en el decurso de su existencia, sin seguirla un dolor despues de su muerte, y sin que su nombre se haya pronunciado, ni su presencia ó ausencia notado siquiera en el banquete de la vida; ¡flor desdeñada en que no se fijó mirada alguna, cuya brillantez y fragancia se exhalaban en el desierto! Pero, con la campana, ya no es posible este olvido: un hermano no puede nacer ó fallecer, ni la antorcha del himeneo encenderse, sin que al punto lo sepa toda la sociedad cristiana; y así como al venir al mundo y á la Iglesia, se le recibió con mil votos de ventura, el más pobre y oscuro de sus individuos puede confiar, gracias á la campana, que no se rehusará una lágrima á sus cenizas, y que una oracion simultánea acompañará su alma hasta el tribunal del supremo Juez.

¿Hemos enumerado ya todos los servicios de la campana? No por cierto, hermanos queridos; también ella conjura *el espíritu de las tempestades*. Que recibe esta virtud en la ceremonia de su consagracion, no permiten dudarle las fórmulas expresas de nuestra liturgia. Léanse las hermosas oraciones que á su favor se recitan, y se verá, estarle concedido el imperio de los aires, sobre los cuales reina como soberana, disipando las influencias malignas que pueden alterar su pureza ó turbar su serenidad.

Aun hay, empero, otras influencias, no ménos perniciosas que las de los vientos y las nubes; otras tempestades que las de los elementos desencadenados, no ménos eficazmente conjuradas por la campana. ¿Acaso ningun otro enemigo, que el granizo y el rayo, amenaza nuestras cabezas? ¿acaso el grande Apóstol no nos habla de *espíri-*

tus de malicia diseminados por los aires, EPHES. VI, 12; espíritus, que así perturbán la atmósfera, como la infectan con sus venenos, dando consejos homicidas, atizando llamas impuras, y levantando en el abismo del corazón las borrascas de las pasiones? Pues bien: á esos *genios malhechores*, á esos *príncipes de las tinieblas*, á esas *potencias infernales*, la campana igualmente los desaloja y ahuyenta con sus toques religiosos, haciendo, en este concepto, más que conservar la serenidad en las regiones etéreas, pues la mantiene ó la comunica en el corazón del hombre. ¡Cuántas ideas santas, cuánta paz y calma no trae ella al espíritu que se recoge para escuchar su voz! Y si alguna vehemente tentación desesperada ó criminosa agita á este espíritu, ¿habrá encanto más propio para tranquilizarle y refrescarle que esas armonías y pulsaciones, que dominan todos los tumultos de la tierra, á fuer de eco prolongado de los conciertos que los ángeles celebran en el cielo?

Pero el triunfo de la campana y su más hermosa gloria consiste en su aplicación inmediata, en sus relaciones directas con el servicio divino, y con la celebración de nuestras fiestas. Su ministerio no se limita á convocar al pueblo para las santas congregaciones: es, en sí misma, una plegaria, un canto de alabanza y de acción de gracias. ¡Oh! ¿cómo no admirar la alta inteligencia de las causas y los efectos, de las analogías y los contrastes que revela la Iglesia en las ceremonias de su culto, aquel elevado sentimiento de lo sublime, que imprime á todos los símbolos el sello de su genio y el carácter de su propia grandeza? Ella, al objeto de publicar los beneficios de Dios y sus alabanzas con una pompa y magnificencia las más dignas de su majestad soberana, procuróse dos voces iguales, así en poder como en extensión, á saber: el órgano y la campana; el órgano, voz del interior, que derrama torrentes de armonía bajo las bóvedas sonoras de las basílicas, en torno de los viejos pilares y de las anchas naves, ó en los retiros misteriosos del santuario; la campana, voz del exterior, que, desde lejos, hace retemblar la tierra con sus atronadores y prolongados tañidos: el órgano, acento de la oración pública en los templos consagrados á la religión; la campana, acento de la oración universal, católica, en el templo augusto del universo: el órgano, voz de los ángeles y de los santos, que, desde las pintadas vidrieras donde se hallan representados sus combates y victorias, desciende sobre la multitud recogida, para murmurar al oído las delicias y las glorias del cielo; la campana, voz del pueblo y de toda la humanidad, que, desde las profundidades de un valle de destierro y de lágrimas, eleva hácia el trono del Eterno los ayes y clamores de la aflicción,

mezclados con las aspiraciones de la esperanza y del amor; el órgano, por fin, *voz magnífica*, que sin trasponer los umbrales del lugar sagrado, solo deja oírse de los piadosos fieles que lo frecuentan; la campana, *voz llena de fuerza y de virtud*, voz que atruena los oídos de los tráfugas de nuestra fe, á despecho de los esfuerzos que hacen para librarse de la hostigación de sus remordimientos, que troncha *al impío á semejanza del cedro allivo*, que lleva los temores del porvenir y el espanto de la eternidad á las soledades de las conciencias vacías de Dios, *verdadero desierto* abrasado por un viento de fuego y no fertilizado por rocío alguno, y que *ilumina*, cual resplandor siniestro, los tenebrosos pliegues en que se envuelven y el negro abismo donde van á precipitarse.

Y esta es sin duda la razón porque la campana, tan querida de las almas santificadas y puras, se hace tan molesta y odiosa á los corazones enfermizos. Objeto, á la vez, de aversión y de amor, cual la religión misma, cuyos derechos imprescriptibles pregona, ella excita todos los sentimientos, excepto el del indiferentismo; y cuando no conmueve como un consuelo, hiere é irrita como una reprensión. Ningun timbre falta pues á su gloria: la aversión, que al infiel inspira, es un homenaje tan honroso como las fervorosas simpatías que promueve en el cristiano.

En cuanto á vosotros, amados hermanos, os diré: respetad y amad las campanas, como las amaron y respetaron vuestros piadosos padres. Mostrad santa ansia por la honra de vuestras parroquias, procurando sobrepujaros unos á otros en tener buenos campanarios, y en idear concertados repiques, seguros de que aplaudiremos de corazón esa emulación laudable, con tal, empero, que no consagreis á ella todo vuestro afán, pues hay otros muchos objetos dignos de él en el servicio de los templos.

El culto, que principalmente os encarezco con relación á la campana, es de inteligencia y sentimiento, acorde á un tiempo con *el espíritu y la verdad*. El alma, que en ella suponemos, es vuestra fe, vuestra esperanza, vuestro amor reflejados por la misma, de donde procede su virtud más eficaz. Si no la vivifican y animan los sentimientos de vuestra religión, si no acompañan sus vibraciones los piadosos impulsos de vuestro corazón, vano será confiar en su auxilio: entonces sí, que vendría á reducirse á un *bronce sonoro*, á un *címbalo retumbante*, I. Cor. XIII, 1, azotando inútilmente los aires con sus notas importunas. Haced con la campana lo que el grande Obispo de Hipona encarga á los clérigos hacer con los salmos del Rey profeta en el rezo de los divinos oficios: cuando gima, llorad y gemid con ella;

cuando prorumpa en acentos de júbilo, regocijaos en el Señor; cuando ensalce y bendiga, ensalza también y dad gracias: *Si orat psalmus, orate; si gemit, gemite; si gratulatur, gaudete; si timet, time.* S. AUG. IN PSALM. XXX. Si os llama á la oración, al trabajo, ó al descanso, obedeced á esa señal, cual emanada de boca del mismo Dios. Si os convoca al templo santo, exclamad: Gran contento tuve cuando se me dijo; iremos á la casa del Señor: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi, in domum Domini ibimus.* PSALM. CXXI, 4. Cuantas veces hiriere vuestro oído, repetid: he aquí una hora más desprendida de la corona de mis días; un paso más hácia el término de mi carrera; y, sin embargo, á medida que avanzo, ¿qué progresos he hecho en el camino de la eternidad? Una hora postrera ha de llegar, despues de la cual mi ser ya no tendrá el tiempo por medida; y si al presente diese esta hora, ¿adónde iría á parar mi alma? ¿En las manos de un Padre ó de un Juez? Estas reflexiones no podrán ménos de promover en vosotros vivos deseos de trabajar sin descanso en vuestra santificación, hasta que, ricos en méritos, y adornados de todas las virtudes que debéis practicar, merezcáis el premio eterno que os está preparado en el cielo, y á todos os deseo. Amen.

Véase: BENDICION DE CAMPANAS.

CANANEA.

Effundam super domum David spiritum gratiæ et precum.

Derramaré sobre la casa de David el espíritu de gracia y de oración.

(Zach. XII, 10.)

Entre los muchos delirios de la filosofía pagana, uno de los más funestos era el de creer, que el hombre no tiene necesidad alguna de Dios para conocer la verdad ni para practicar la virtud, y que no debe, por lo tanto, pedir á Dios ningún auxilio. De aquí nació la

procaz blasfemia de los estoicos, que decían, que no deben atribuirse á Dios las acciones virtuosas; y de aquí provino también el sacrilego sarcasmo de los epicúreos, que decían: Concédame Dios las riquezas y la vida; más en cuanto á la probidad del corazón para nada le necesito, porque me basto á mi mismo.

Y ¿cuáles fueron los efectos de estas infernales doctrinas? El profeta nos lo manifiesta, cuando, hablando de presente, describe lo futuro, diciendo: PSALM. XIII: Desde que el hombre ha perdido el conocimiento de sí mismo y de su miseria, no se vuelve á Dios para pedirle auxilio: *Non est intelligens aut requirens Deum*; antes bien, separándose del camino de la justicia y de la honestidad: *Omnes declinaverunt*, se corrompe miserablemente, y se hace inferior á los brutos por la ruindad de sus pasiones, siendo así que, arrebatado por su orgullo, había llegado á creerse superior á Dios: *Corrupti sunt, abominabiles facti sunt in studiis suis*; y, por último, no quedando ya en él la menor sombra de virtud, se convierte en oprobio de la creación: *Simul inutiles facti sunt: non est qui faciat bonum, non est usque ad unum.*

Y ¿qué hizo nuestro divino Redentor para sacar al hombre de este abismo, y devolver á la tierra la santidad que había perdido? Derramó abundantemente sobre la Iglesia y sobre los fieles el espíritu de gracia y de oración: de manera, que los primeros fieles, al hacerse cristianos, se hicieron hombres de oración; y al hacerse hombres de oración, se hicieron santos.

Con razón se llama este espíritu, *espíritu de gracia y de oración*; porque, vivo siempre en el cristianismo desde la muerte de Jesucristo, nos persuade á la *oración* y nos alcanza la *gracia*; sostiene nuestra debilidad y nos atrae la divina misericordia; alienta nuestra confianza é inclina hácia nosotros la Majestad divina; eleva al hombre hasta Dios y hace descender á Dios hasta el hombre; y, finalmente, pone en comunicación á la tierra con el cielo y al hombre con Dios.

Jesucristo, sin embargo, no contento de hablarnos en cada página del Evangelio de este espíritu de gracia y de oración, revelándonos su necesidad, su importancia y sus caracteres, ha querido darnoslo á conocer en la historia de la Cananea de una manera sensible, en su naturaleza y en su acción. Consideremos, pues, en tan admirable historia este grande y precioso efecto de la venida del Redentor, este prodigio de su bondad; veamos los sentimientos que aquel espíritu sugiere, el lenguaje que usa, los actos con que se manifiesta, tanto en el hombre relativamente á Dios, como en Dios relativamente al hombre, á fin de que sepamos de este modo cómo se ha de orar,